

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitución núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

La Fiesta Mayor.

Han dicho algunos filósofos, y si es que ellos no lo han dicho, lo decimos nosotros que nos consideramos con igual derecho para decir todo lo que se nos antoje, que la posesion de la dicha depende mas del modo con que el individuo mira las cosas y las circunstancias que le rodean, que de la índole y carácter de estas mismas circunstancias y cosas, y á igual tenor podemos decir otro tanto acerca de los goces que nos proporcionan las diversiones, siendo cierto que solo se divierte, no el que tiene á mano todos los medios propios para divertirse, sino aquel que sin tenerlos llega á formarse la ilusion de que se está divirtiéndose.

Por manera, que, bien mirado, casi todos nuestros placeres tienen mas de ficticios ó ilusorios que de reales y positivos, y seguramente que á no ser por la equivocada creencia que de ellos comunmente nos formamos, ni el pescador estaria inmóvil con la caña en la mano tomando la lluvia horas y horas para coger una miserable tenca, ni el cazador andaria por cuetos y pericuetos un dia entero, cargado con su zurrón y escopeta, recibiendo

ya los ardores del verano, ó bien las escarchas del invierno, para volver por la noche á su casa con un infeliz gazapillo.

Creemos que es necesario tambien igual golpe de ilusion en los que van á las fiestas mayores, para hacer esa heroica abnegacion que hacen de los disgustos é incomodidades que todas ellas generalmente ofrecen. Pero permítasenos una pequeña digresion antes de entrar en materia.

Ya se sabe que con tales festividades se celebran los dias del Santo tutelar del pueblo en el cual se solemnizan; y si bien esto nadie lo ignora, es lo cierto que nadie ó muy pocos son los que se acuerdan lo bastante del principal objeto de la fiesta; de modo que, para la mayoría de los concurrentes, puede decirse, valiéndonos de una expresion vulgar y tal vez impropia, que el Santo viene á ser poco menos que la última carta de la baraja. Pero ¿en qué festividad religiosa no sucede lo mismo? Hablen las famosas noches de la Natividad del Señor y de la de San Juan: hablen los dias de Pascua, del Corpus, de San José, y en fin todos los dias de dias del año. En todos ellos, el humo sagrado de los incensarios desaparece entre el succulento vapor de las ollas, cazuelas y asadores; en todos ellos

las místicas armonías del Oficio divino y del *Te-Deum, laudamus*, se pierden entre las melodías voluptuosas del *schotis*, de la polka-mazurca y del rigodon; modo muy particular de celebrar una fiesta religiosa, puesto que en ella lo principal se convierte en accesorio, conforme iremos viendo en su respectivo lugar.

Regularmente las fiestas mayores caen entre Junio y Agosto, meses los mas á propósito para no estar bien en ninguna parte, y menos en lugares de mucha concurrencia y poca capacidad.

Desde luego para ir á ellas es preciso empezar por dejarse meter á manera de taco en cañon de escopeta, en el estrecho recinto de un carro atartanado ó de un galerin con honores de coche, cuyos endurecidos asientos, mas duros que el alma del conductor, si es que cabe mayor dureza, se hacen extensivos, como si fuesen de goma elástica, á catorce ó diez y seis personas de todos calibres, sin embargo de que han sido hechos espresamente solo para ocho ó diez de mediano volúmen.—Que no cabemos! gritan desesperados los viajeros.—Que han de caber, contesta con flema el ordinario—y porque él lo dice, no hay mas; cartuchera en el cañon, ó sea carne en la tartana, y punto concluido.

Cualquiera podrá inferir, sin que se lo digamos, lo que tendrá de divertido un viage hecho en tales angosturas, en un dia de calor estremado, y sufriendo al mismo tiempo las impertinencias é incomodidades de la señorita que se marea, del hombre que fuma, de la muger que va cargada de cajas y cestitos, del niño que llora continuamente y del chiquillo que á cada paso tiene necesidad de bajar; amén de los coscorriones y espaldarazos con que despavilan al que empieza á dormirse los rudos saltos del carruaje.

Pasemos pues prontamente tan mal camino, antes de que un vuelco nos ponga en las vias de la eternidad, y hagamos por llegar salvos al pueblo, ya que no nos sea posi-

ble llegar á él tan sanos como quisiéramos.

A su arribo á la poblacion, el sugeto que no tiene casa determinada á donde ir á parar, se mete en el primer fondin ó bodegon que la suerte le depara, si es que por hallar ya tomadas todas las habitaciones, no tiene que ir, como perro perdido, vagando de una parte á otra hasta que halla un amigo que le deja espacio en el suelo de su cuarto, para colocar el baúl y tender el colchon que le ha de servir de mullido lecho.

Mas no se crea por esto que varíe mucho, salvas algunas escepciones, la suerte de los demas forasteros y hasta lá de los mismos habitantes de la poblacion; porque ni todas las casas son bastante capaces para hospedar cómodamente al irregular número de estraños, que, como tropa alojada á discrecion se ha metido en ellas, ni todas tampoco, á la circunstancia de *decentes* que les es comun, reúnen la cualidad de *ricas*, que es necesaria para que sus moradores lo pasen menos mal.

Llega la hora de la cena, y el forastero, que con el movimiento del viage ha venido con su buena dosis de apetito, hace su correspondiente honor á cuantos platos salen á la mesa, sin apercibirse de si están sosos ó salados, ó si crudos ó hechos carbon.

Viene luego la hora de acostarse ¡qué algarabía en los dormitorios! apenas se halla lugar en ellos donde poner los pies: los baulles, las sombrereras, las cajas, los farditos, los colchones, y tal cual descomunal gergon, todo está tendido y desparramado por el suelo á la manera de los trastos que se sacan al *Areny* en un dia de fèria ó de mercado.—Vamos, dicen los dueños de la casa á un respetable matrimonio, ahí es donde les toca á VV. dormir.—Pues ¿y VV?—Quién? nosotros? no pasen VV. cuidado; ya nos arreglaremos.—No, no, de ningun modo lo podemos permitir. ¡No faltaba mas!—Pues no hay remedio; nosotros mandamos aquí, y es preciso que nos obedezcan.—Pues no puede

ser.—Pues ha de ser.—Que sí.—Que nó.—
Al fin los forasteros se dejan convencer, ceden de su empeño y toman posesion de la cama conyugal, mientras que sus errantes dueños, al modo que otra Dido, marchan á fundar colonia ó á establecer su nido en otra parte despues de dejar arreglados á los demás huéspedes é individuos de la familia.

Dejémoslos dormir. ¡Dormir! Ya se lo dirán de misas al que tal se haya propuesto. En las fiestas mayores no se duerme, y es por esto sin duda que cuando *la aurora vestida de nácar viene vertiendo perlas*, ya están en pié los forasteros para ir las á recoger.

De modo que cuando llega la hora del desayuno, se hallan todos ellos poco menos que aplastados, bajo el peso de las que han recogido; esto es, se hallan casi muertos de sueño, sofocados de calor, y rendidos de tanto dar vueltas y vueltas siempre por las mismas calles, en las cuales se hallan siempre tambien unos mismos conocidos.

(Se continuará.)

Julian de Chia.

Una muger.

De airoso cuerpo, y de mirada ardiente
Dulcísima á la par, torneado el cuello,
De noble y magestuoso continente,
Ojos de claro azul, blondo cabello;
Seno acabado, cutis trasparente.
La mano suave y el semblante bello,
Flecsible la cintura, su pie breve,
Y el color como el campo de la nieve:

El cielo dió á su voz de la armonia
Los ecos melodiosos, la dulzura
A su sonrisa de ánjel, la alegría
De un corazon dichoso á su alma pura:
La aurora suave del sereno dia
Prestada tomó de ella la frescura;
Y á sus labios al dar tintas de rosa
Como el amor primero hízola hermosa.

Jóven sencilla, en su vestir honesta,
El alma sin ficcion, de genio blando,
En su vida de amor una respuesta
No diera de rencor ó altivo mando:
Amable en su ademán, siempre modesta
Y mas encantadora suspirando,
Era aquella muger, muger modelo,
Y en su hermosura un serafin del cielo.

Y esa muger que en sueños yo veía
Fantástica creacion del pensamiento,
Al despertarme con el alba un dia
De un sueño de placer, sin fingimiento
Suspirando de amor me sonreía:
Luego en mis brazos lleno de contento
Yo la estrechaba tierno, y mil caricias
Eran su recompensa, y mis delicias.

Entapizado de olorosas flores
En vega deliciosa, ancho camino
Nos abría la hurí de los amores....!
¡Quien me dijera entonces que el destino
Me guardaba tan hondos sinsabores!
Y que en breve de rudo torbellino
Rueda fatal, en noche tempestuosa,
Lanzaria del mundo á aquella hermosa.

Murió en su juventud: busco su huella
En este valle erial...! el pensamiento
La vé en el cielo luminosa estrella!
Aquí solo me queda el sentimiento
Y en su retrato fiel su imagen bella,
De cuyos labios el sonoro acento
En vano quiero oir, porque en la tierra
Su boca de ángel el sepulcro sella.

Ilusiones del alma ¿dó se fueron
Que tan afortunado ayer me hacían?
¡Ninguna queda ya, todas murieron!
Amores no hay aquí que me sonrian,
Los míos á la tumba descendieron!
Y ay de los hombres que en el mundo fian
Hallar unos momentos de ventura,
Que los dias en él son de amargura,

Recuerdos hay profundos en la vida
Que guarda el hombre hasta su postrer hora,
Vive de ellos si amó, no los olvida,
Y en su carrera aquí, mientras él llora
Amante fiel á su muger querida,
Tumba es su corazon, donde ella mora,
Urna de amor, que sus caricias cierra
Con todos los encantos de la tierra.

José Blanzart y Camps.

Un baile de máscara.

Escrito en frances por A. D.

(Conclusion.) (*)

Al poco rato nos volvimos á la entrada del salon. Allí se dejó caer sobre un banco, y yo permanecí en pié delante de ella, apoyando la mano en el respaldo de su asiento.—Oh! sin duda esto os parecerá muy original, me dijo. Yo no tenia la menor idea de esto, (y miró hácia el baile), porque ni aun en mis sueños se me habia aparecido una cosa tan estraña. Pero me han escrito diciéndome que

(*) Véase el número 22.

él entraría aquí con una mujer: y ¿qué mujer debe ser la que se atreve á venir á tal parage?—Hice un movimiento de sorpresa que ella comprendió.—Y sin embargo yo me hallo aquí, no es esto lo que quereis decir? Oh! pero yo es otra cosa; yo le busco; soy su mujer. A estas gentes es la locura y la corrupcion la que les atrae aquí. Oh! á mí, á mí son los celos infernales! Hubiera ido á buscarle á todas partes: de noche hubiera ido á un cementerio; hubiera ido á la plaza de Gréve el dia de una ejecucion, y no obstante, os lo juro, cuando soltera no he salido á la calle una sola vez, sin ir con mi madre: casada, no he dado un paso sin ir acompañada por un criado, y no obstante héme aquí como todas estas mujeres que saben el camino; vedme dando el brazo á un hombre que no conozco, ruborizándome debajo de mi máscara al pensar la opinion que habreis formado de mí. Lo comprendo todo!... Habeis tenido celos, caballero?—Espantosos, le contesté.—En este caso, me perdonareis; lo sabeis todo. Conoceis esa voz que os grita: ¡Anda! como al oido de un insensato: habeis sentido ese brazo que os empuja á la venganza y al crimen como el de la fatalidad. Sabeis bien que en tal momento, se siente uno capaz de todo con tal de vengarse. Iba á contestarle, cuando se levantó de repente, fijando los ojos sobre dos máscaras que llevaban dominós, y que en aquel momento pasaban por delante de nosotros.—Callaos! me dijo; y me arrastró hácia donde iba la pareja. Estaba metido en una intriga, de la que no comprendia nada; sentia moverse todos los hilos, y ninguno me podia descubrir su objeto: pero aquella pobre mujer me parecia tan agitada que me interesó. Obedecí como un niño, tanto es el imperio que ejerce una pasion verdadera, y empezamos á seguir á las dos máscaras, de los cuales el uno evidentemente era un hombre y el otro una mujer. Hablaban á media voz: apenas apercibiamos el sonido de sus palabras.—Es *él*, murmuró ella, es su voz, si, si, es su talle.

El mas alto de los dos dominós se rió.—Esta es su risa, dijo ella, es *él* caballero, es *él*! : la carta decia la verdad. Oh! Dios mio! Dios mio!

Entre tanto las máscaras avanzaban, no-

sotros no las perdiamos de vista. Salieron de la sala y nosotros salimos detrás: subieron la escalera que conduce á los palcos, y nosotros la subimos tambien: se pararon al llegar á los de encima del arco: nosotros pareciamos sus sombras: un palco con persianas se abrió: entraron y la puerta se cerró detrás de ellos.

La agitacion de la pobre criatura que llevaba del brazo me asustaba: no podia ver su rostro, pero como la tenia apretada contra mí, sentia latir su corazon, tiritar su cuerpo, y estremecerse. Habia algo de extraordinario en la manera como llegaban hasta mí, los sufrimientos inauditos cuyo espectáculo presenciaba, de los que no conocia la víctima, é ignoraba la causa. Sin embargo, por nada del mundo hubiera abandonado aquella mujer en tal momento.

Cuando vió entrar á las dos máscaras en el palco, y que lo cerraban, permaneció un momento inmóvil como herida por el rayo; luego se precipitó contra la puerta para escuchar.

En la posicion en que estaba, el menor movimiento la descubria y la hubiera perdido: la tiré con violencia por el brazo, abrí el palco contiguo, en el que la hice entrar empujándola, bajé la celosía y cerré la puerta.

—Si quereis escuchar, le dije, escuchad al menos aquí.

Ella puso una rodilla en el suelo y aplicó su oido contra el tabique: yo permanecí de pié al otro lado del palco, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada y pensativa.

Todo lo que me habia sido posible ver de esta mujer me habia parecido el tipo de la hermosura. La parte inferior de su rostro que no ocultaba la máscara, revelaba juventud; su cutis era aterciopelado: sus labios encarnados y finos: sus dientes cuya blancura aumentaba el terciopelo que bajaba hasta la boca, eran pequeños, un poco separados entre sí y brillantes; sus manos parecian hechas á torno; su talle se le podia coger con las manos: sus cabellos negros, finos y sedosos salian con profusion del capuchon de su dominó, y su pié pequeñito como el de un niño, que salia un poco de su vestido, parecia imposible que pudiese sostener aquel cuerpo, sin embargo de ser tan lijero, tan gracioso, tan aéreo. ¡Oh debia ser una criatura encan-

tadora! ¡ Oh el que la hubiese tenido entre sus brazos, que hubiese visto todas las facultades de su alma empleadas en amarle: que hubiese sentido su corazón, sus palpitaciones, sus estremecimientos, sus espasmos nerviosos, y que hubiese podido decir: Esto es amor, amor que siente por mí solo, en medio de todos los hombres; por mi ángel predestinado; oh! aquel hombre! aquel hombre!....

Hé aquí cuales eran mis pensamientos, cuando de repente veo á aquella muger levantarse, volverse hácia mí y decirme con voz entrecortada y furiosa:

—Caballero, soy hermosa, os lo juro; soy jóven, tengo diez y nueve años. Hasta ahora he sido tan pura como el ángel de la creación.... y bien!

En el mismo instante sentí el calor de su rostro junto al mio: una impresion que parecia mas bien la de una mordedura que otra cosa, corrió por todo su cuerpo, que temblaba de pasmo. Una cinta de fuego pasó por mis ojos.

Habian transcurrido apenas diez minutos, cuando cayó en mis brazos medio muerta y sollozando.

Poco á poco volvió en sí: entónces pude distinguir á través de su máscara sus ojos que procuraba ocultar: observé que la parte inferior de su rostro se habia puesto pálido: apercibí el ruido que hacian sus dientes al dar los unos contra los otros, como cuando se padece el frio de una fuerte calentura. Me parece que aun estoy viendo todo esto.

Recordó sin duda lo que acababa de pasar, y se echó á mis pies.—Si me compadeceis, me dijo sollozando, si me teneis lástima, apartad de mí vuestros ojos, no deis ningun paso por conocerme; dejadme marchar y olvidadlo todo: yo me acordaré por los dos!....

Apenas habia proferido estas palabras, se levantó con la rapidéz del pensamiento que huye; precipitóse á la puerta, la abrió, y volvióse otra vez hácia mí.—No me sigais, en el nombre del Cielo os lo suplico, caballero, no me sigais.

La puerta impelida con violencia, se cerró entre ella y yo, arrebatándomela como una aparicion. No la he vuelto á ver mas.

No la he vuelto á ver; diez meses han pa-

sado desde aquella fecha y en todas partes la he buscado, en los bailes, en los paseos, en el teatro. Cada vez que veia á lo lejos una muger de talle esbelto, pié de niño, y cabellos negros, la seguia, me acercaba á ella, y la miraba fijándola con intencion, esperando que su turbacion la descubriria.

En ningun paraje la encontré: en parte alguna la he vuelto á ver, como no fuere durante la noche, en mis sueños. Oh! entónces yo la volvía á ver, la oia, sentia sus estremecimientos, sus caricias tan ardientes que tenían algo de infernal; luego caía la máscara y se aparecia á mis ojos el rostro mas hermoso del mundo; unas veces confuso, como velado por una nube; otras brillante como rodeado por una aureola; y algunas veces pálido con la cabeza blanca y calva como la de una calavera, con las órbitas de sus ojos vacías, y con dientes vacilantes y raros. En fin, desde aquella noche no he vivido; ardiendo en un amor insensato por una muger que no conocia, siempre esperando, y burlado siempre en mis esperanzas, celoso sin tener derecho para ello, sin saber de quien debia estarlo, no atreviéndome á confesar semejante locura, y no obstante perseguido, minado, consumido y devorado por ella.

Al acabar estas palabras, sacó de su pecho una carta.—Ahora que te lo he contado todo, me dijo, toma esta carta y léela.

La tomé y leí:

«Tal vez habreis olvidado á una infeliz muger que nada ha olvidado, y que muere por no poder olvidar! Cuando recibais esta carta ya no existirá. Entonces id al cementerio del *Padre-Lachaise*, decid al conserje, que os enseñe en medio de las últimas sepulturas la que llevará sobre su losa funeral el solo nombre de *María*, y cuando llegareis frente de ella, arrodillaos y rogad.»

—Y bien! continuó Antonio, ayer recibí esta carta, y he ido allí esta mañana. El conserje me acompañó á la sepultura, delante de la cual he permanecido dos horas de rodillas, rogando y llorando. Lo comprendes?—Aquella muger estaba allí.... aquella alma de fuego habia volado, el cuerpo roido por la tierra se habia doblado, hasta el punto de romperse bajo el peso de los celos y los remordimientos: ella estaba allí bajo mis pies, habiendo

vivido y muerto desconocida para mí; desconocida!.... y tomando un lugar en mi vida, como lo tomaba en el sepulcro; desconocida.... y encerrándome dentro del corazón un cadáver frío é inanimado, como ella había depositado otro dentro de la tumba. Oh! conoces tu algo parecido á esto? Sabes tú que haya sucedido jamás un acontecimiento tan extraordinario? Ahora ya no mas esperanzas: ya no la volveré á ver mas. Aun cuando vaciase su tumba, no hallaría ningun rasgo por el que pudiese reconocerse su rostro; y yo la amo siempre. Me comprendes Alejandro? yo la adoro como un loco, y me mataría ahora mismo para poderme unir á ella, si no debiese permanecer desconocida para mí en la eternidad, como lo ha sido en el mundo.

Al acabar estas palabras, me arrancó la carta de las manos, la besó muchas veces, y se echó á llorar como un niño. Le estreché en mis brazos, y no sabiendo que contestarle lloré con él.

A. B. de Erill.

TROCAR LOS FRENOS.

Juan, casado y con destino,
Y Anton, sin él y soltero,
Entraron á divertirse
En una casa de juego.
Apunta Juan á una sota,
Echa un entrès, y en un credo,
Ras con ras me le cercenan
La paga de un mes completo,
Triste, al verse en tal estado,
Le dice á su compañero,
Y ahora, dime ¿con qué cara
Á mi esposa me presento?
—¿Con que cara? dijo el otro,
Con la que tienes, gran necio;
No digas tu *con qué cara*,
Sino dí, *con qué dinero*.
O vosotros, los casados
Que cual Juan andais de juego,
Evitad el triste caso
De trocar, cual él, los frenos.

J. de Chia.

La Judía de Sebastopol.

(Traducción.)

I.

Los prisioneros. (1)

Axa, respetando aquel acceso de cólera

(1) Véase el número 25.

de su anciano padre, estuvo por algunos momentos silenciosa: mas viendo que continuaba ensimismado, sin que se borrara la expresión del dolor y la cólera de su semblante, alzóse y lentamente fué hácia él, hasta unir su terso y bello rostro exactamente ovalado, con el de *Abiazar*, sobre el cual imprimió un amoroso ósculo.—*Abiazar* olvidando instantáneamente su dolor, abrazó á su hija, prodigándole sus paternas caricias. *Axa* que con ánsia esperaba esta transformación, en cuanto la creyó completa, y como si hubiera herido su cerebro una idea desconsoladora y triste, reclinó la cabeza sobre el hombro de *Abiazar* diciéndole:

Tú no me amas padre mio! Tu quieres que yo muera, puesto que me prefieres á tu dinero.

Abiazar cual si hubiera sentido la picada de una vívora, quiso alzarse y desprenderse de su hija, pero esta rodeaba su cuello con sus brazos de alabastro, y *Abiazar* no tuvo fuerza suficiente para romper tan sencilla si, pero fascinadora cadena.

—Escúchame hasta el fin padre mio. Dejan salir á las mugeres libremente de la ciudad, mas ya lo sabes y te lo repito, yo estaré todo el tiempo que tu estés. Lo que tu decidas lo ejecutaré; iré donde tu vayas: pero partir sin tí, nunca!

Axa, te suplico....

He dicho que no. Ó vendrás conmigo, ó me quedo.

Dejó á su padre, y volvióse á sentar frente á él, tan tranquila como si nada hubiera pasado.—Jamás había reflexionado en sus resoluciones.—Su padre lo sabia.—La lucha entre el amor que la profesaba, el cuidado de su propia vida y la pasión por su tesoro, era terrible. Y esta lucha la tenía, no por el mismo, puesto que estaba acostumbrado á los sufrimientos y privaciones; pero por su hija, su mas preciosa joya, su orgullo; un tesoro del cual era tan celoso como de su dinero.

Después de una larga pausa, que estaba decidida á no interrumpir, el anciano abandonó sus reflexiones, al parecer reasumiéndolas en esta exclamación:

No! No! es imposible; imposible!

Axa no contestó, ni menos dió á entender que la había oído. Un instante después, con tono indiferente, dijo:

Zamori tarda mucho.

Ese perro, contestó *Abiazar*, habrá ido á rendir sus cuentas á la policía, en vez de obedecerme. A sus denuncias, estoy seguro, debo las exigencias del Gobernador. Esta raza de griegos, es raza de traidores. Cristianos del norte, verdugos: cristianos del medio dia, serpientes. Óh! *Jéhova! Jehova!...*

El ruido de fusilería y artillería que resonaba á lo lejos, interrumpió á *Abiazar*.

Axa levántase asustada y fué hacia su padre.

No temas hija mia, son esos idolatras que se deguellan. Que el Dios de Israel, los esterminé á todos. —No era mas que una escaramuza, la calma se le sucedió muy pronto al ruido homicida.

Una compañía de cosacos de la guarnición, aprovechándose de la oscuridad y mal tiempo, habia tentado una salida creyendo sorprender los puestos avanzados franceses, clavar algun cañon y coger algun prisionero: mas un centinela habia dado la voz de alarma, y los cosacos despues de concluir sus disparos con los puestos avanzados tuvieron que retirarse.

Antes que pudieran saberse los resultados de la escaramuza, *Zamori* que tenia mas disposicion para la diplomacia, que para la guerra, entró en casa de sus señores para anunciarles lo que ellos habian ya adivinado, y acababa de pasar en los muros de la plaza.

Todo no acabará asi, dijo *Zamori*, haciéndose eco de los rumores públicos; aseguran que los enemigos se disponen para bombardear muy pronto la ciudad, cada dia les llegan grandes convoyes de municiones. Perreceremos aplastados entre las ruinas. —Amo y señor, créedme, no nos quedemos aqui: escuchad las proposiciones del señor *Osten-Saken*....

Mi pobre *Zamori*, dijo el Judío, desconfiando de su vil servidor, pluguiese al Señor que eso me fuera posible! Pero su Escelencia me cree rico, siendo asi que no poseo nada: me exige sumas que jamás he tenido, ni en la época de mi mas grande prosperidad. Que la voluntad del Todo-poderoso y la de su Escelencia se cumplan! Lo único que me consuela en mi desgracia es que me queda un fiel servidor como tú, que consiente en unir su destino al mio.

Mi querido Señor, replicó el griego, que no creia ni una palabra de lo que decia *Abiazar*, Dios me es testigo del cariño que os tengo: la salud y la vida vuestra, y no la mia es de la que me ocupo. Puede ser, que contando bien y reuniendo todos vuestros recursos pudieseis reunir la suma.

Mi padre te ha dicho que es pobre, dijo *Axa* con tono frio y desdenoso; puesto que le amas, creele; tus reflexiones no hacen mas que atormentarle.

Zamori, volvió la cara á otro lado, para que ni el padre ni la hija pudieran distinguir la espresion de odio, de despecho y de rabia, que espresaba su semblante. No sabemos lo que se disponia á replicar; cuando un ruido de voces se dejó oír bajo las ventanas; el aldabon de la puerta principal, dejaba sentir repetidos golpes.

—Llaman! iré á abrir?

—Un momento, dijo *Abiazar*. —Antes de abrir su casa quiso informarse, de quien queria entrar. Abrió con mucho cuidado una ventana, y pudo ver un grupo de soldados, llevando una angarilla, sobre la que se distinguia una forma humana.

—Quien llama? preguntó!

—Hola, señor judío, contestó la ruda voz de un cosaco, abrid por orden del Sr. Gobernador.

Axa se puso tremula al oír nombrar al Gobernador, puesto que este nombre era para ella el presagio de alguna desgracia.

Padre mio! que querran?

Calmate hija mia; voy á saberlo. Quedate aqui, yo lo quiero. *Zamori*, alumbró.

El griego tomó la lámpara, y bajaron. Los soldados, empezaban á impacientarse, cuando la puerta se abrió, apareciendo en ella *Abiazar*:

—Que me quereis?

—Su Escelencia desea probarte su estimacion, facilitandote la ocasion de hacer un servicio al Estado.

—Su Escelencia es sumamente generoso y bueno.

¿Que exige de su servidor?

—Los hospitales no pueden recibir mas enfermos ni heridos, y hay una imperiosa necesidad de confiarlos al cuidado de los particulares....

—Y venis....

—Venimos á traerte un prisionero herido, del cual respondes con tu cabeza. Con tu cabeza! entiendes? Es un oficial.

—Pero

—No estás satisfecho?

—Yo quería observar á

—Nada. tu lo alojaràs, lo cuidaràs y guardaràs; si se muere ó desaparece, esa cuenta la arreglaràs con su Escelencia. Con que vamos, conducenós á donde quieras instalarlo.

—Obedezco, seguidme.

—Ah; me habia olvidado; alojaràs y serviràs tambien á un soldado que hemos cogido al lado del herido:

—Eso hace.....

—Eso hace, dos prisioneros; Claro: paciencia; segun tu conducta, el general ha prometido que te dará una buena recompensa.

Abiazar, que sumido en sus reflexiones no entendió lo grosero de esta amenaza, contestó;

—Direis al general que me someto á sus órdenes.

Cogieron al hérido y lo condujeron al cuarto que *Abiazar*, le destinaba. Lo depositaron en la cama sin que diese señal de vida.

—El gefe de la escolta, dispuso la marcha de los soldados, diciéndole á *Abiazar*:

—Un Cirujano vendrá diariamente, y prescribirá los cuidados y remedios, que tu deberás ejecutar.

—Su Escelencia quedará contento, dijo *Abiazar* inclinándose.

Condujolos hasta la calle, y despidiéndoles con un terrible anatema, cerró la puerta.

—Menos ocupado del aspecto de la casa y de la fisonomia de su propietario, que del estado del enfermo, el jóven soldado ayudado de *Zamori*, le prodigaba los mayores cuidados con una atencion y una inteligencia maravillosa.

Abiazar ni entró en el cuarto, ni les dirigió la palabra. Indignado de verse obligado á dar asilo á cristianos sin que ningún interés le redundase, no hizo mas que dirigir una mirada llena de ira al cuarto de los prisioneros, y subió al de su hija á la cual puso al corriente de lo acaecido.

—Querido padre, la hospitalidad es una de las virtudes del pueblo de Dios. Socorrer á los heridos y acoger á los pobres, es la ley de Moisés.

—Niña, replicó *Abiazar*, frunciendo sus cejas, en señal de disgusto, no hables del profeta y de su ley. Tu no la conoces. Aquellos que no practican la verdadera religion, no son nuestros hermanos. He recibido á esos extranjeros, les he dado alojamiento, el pan y el agua de la hospitalidad; pero, ahora escucha lo que dice el libro.

Cogió una Biblia y leyó en el testo hebreo:

«Sisara, general de la armada de *Fabiu*, vino huyendo á la casa de *Jahel*, muger de *Haber Cynéen*. Esta, saliendo al encuentro de *Sisara*, le dijo: entrad señor, entrad, no temais. Entró y *Jahel* le cubrió con un manto. *Sisara* le dijo: dadme, os ruego, un poco de agua. Ella trajo al momento un vaso lleno de leche, que le dió á beber por su mano.

«*Sisara* le dijo: estaos á la puerta, si alguno quiere penetrar, ó pregunta, decidle que no hay nadie.—Y se quedó dormido.

«*Jahel* muger de *Haber*, cogió un clavo grande y un martillo; se aprosimó á *Sisara* sin hacer ruido, y poniéndole el clavo sobre el cráneo, pegó un golpe con el martillo y le atravesó el cerebro: pasando de este modo, *Sisara*, del sueño á la muerte.

«Dios confunda en este dia, á los infieles delante de los hijos de Israel»

Padre mio, preguntó *Axa* trémula y balbuciente, por que habeis escogido ese pasage?

Abiazar no contestó; volviendo algunas hojas continuó:

«Bendita sea entre las mugeres *Jahel*, muger de *Haber*, por que dió la muerte á *Sisara*. Que asi perezcan, Señor, todos nuestros enemigos; pero que aquellos que os aman, brillen como el sol.»

Cerró el libro, depositó un beso en la frente de su hija, y la dijo:

—Medita la Escritura.

—Ah! exclamó *Axa*, cayendo sobre los cojines casi desvanecida.

(Se continuará.)

Miguel Nieto de Montaos.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorca sucesor de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12.—1857.